

EL TOTALITARISMO. USOS Y ABUSOS DE UN CONCEPTO

Enzo TRAVERSO | Universidad de Amiens

La idea de totalitarismo ha conocido, a lo largo del siglo XX, un curso sinuoso en el cual se han alternado épocas distintas. En algunas, este concepto dominó el debate político y cultural, en otras conoció un eclipse prolongado. A pesar de estas oscilaciones continuas, su ingreso en nuestro vocabulario político es ahora irreversible. Hemos asistido, durante los últimos años, a un renacimiento espectacular de este concepto, sobre todo después de 1989, el año de la caída del Muro de Berlín, seguida a poca distancia del fracaso de la Unión Soviética.¹ Dos elementos esenciales se encuentran en el origen de este resurgimiento, ambos vinculados a la conciencia histórica de Occidente. El primer elemento es la memoria del genocidio de los judíos que, después de haber sido por décadas ocultada y reprimida, es ahora puesta en el centro de nuestras representaciones de la historia del siglo XX, convirtiéndose en objeto de una verdadera «política de la memoria», hecha de conmemoraciones públicas, museos, literatura, filmografía. El recuerdo de la Shoah fue sacralizado hasta transformarse, según las palabras del historiador Peter Novick, en una especie de «religión civil» del mundo occidental, con sus lugares de memoria (los campos), sus iconos (los sobrevivientes erigidos en «santos secularizados») y sus dogmas (el «deber de memoria»)². Tocando a su fin, el siglo XX se transformó así en el siglo de Auschwitz, con el efecto de focalizar la mirada sobre las violencias del pasado y sus víctimas (olvidando los héroes celebrados en las épocas anteriores, cuando no se hablaba de genocidio). El segundo elemento es el fin del comunismo como fenómeno histórico —como régimen político— cuya parábola atraviesa el conjunto del siglo XX. Como ha indicado Eric J. Hobsbawm, el fin de la URSS cierra este «siglo corto» y coloca la experiencia del

1. Para una síntesis de este tema, cfr. E. TRAVERSO, *El totalitarismo*, Eudeba, Buenos Aires, 2001. Ver también B. BONGIOVANNI, *La caduta dei comunismi*, Garzanti, Milano, 1995; M. FLORES (ed.), *Nazismo, fascismo, comunismo. Totalitarismi a confronto*, Bruno Mondadori, Milano, 1998; S. FORTI, *Il totalitarismo*, Laterza, Roma-Bari, 2001; A. GLEASON, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, Oxford University Press, New York, 1995, y W. WIPPERMANN, *Totalitarismustheorien*, Primus Verlag, Darmstadt, 1997.

2. Peter NOVICK, *The Holocaust in the American Life*, Houghton Mifflin, New York, 1999, pp. 11 y 199.

«socialismo real» en el pasado. Ciertamente, una época muy cercana a la nuestra, pero que ya se puede historizar, es decir, mirar como una época históricamente acabada, pensar desde una perspectiva histórica. Típica de este contexto es la tendencia a focalizar la atención en la historia del comunismo bajo su dimensión criminal (las deportaciones, el gulag, las ejecuciones de masa), ocultando por completo su dimensión emancipadora. El comunismo ya no es visto como un prisma con muchas caras —un comunismo-revolución y un comunismo-«Terminador», un comunismo libertador y un comunismo opresor, un comunismo-movimiento y un comunismo-régimen, un comunismo de la resistencia y de los movimientos de liberación nacional y un comunismo de los aparatos represivos, de los campos de concentración (caras muchas veces entremezcladas, pero distintas)— sino solamente como el producto criminal de una ideología mortífera.³ En resumen, el comunismo es reducido al stalinismo que aparece como su «verdadero» rostro.

En este contexto, el concepto de totalitarismo parece particularmente adecuado para recoger el sentido profundo de un siglo dominado por la violencia, por el exterminio de masas y el genocidio, del cual Auschwitz y el gulag han devenido el símbolo. Esa es, en última instancia, su justificación. Ahí se encuentra la raíz de su éxito y de su difusión, pero también eso explica el uso demasiado ideológico y conformista que se hace de esta noción: el totalitarismo está estigmatizado como antítesis del liberalismo, la ideología y el sistema político actualmente dominante. Su condena equivale a una apología de la visión liberal del mundo. Al final de una era de tiranía, encarnada por las figuras siniestras de Hitler y Stalin, el mundo ha logrado su equilibrio y la historia retoma su camino por las vías seguras del liberalismo. El totalitarismo ha sido vencido por el mejor de los mundos, el Occidente liberal. Esta es la tesis subyacente de muchas interpretaciones florecidas en esta última década, desde *The End of History* del filósofo del Departamento de Estado norteamericano Francis FUKUYAMA (1989) hasta *Le passé d'une illusion* de François FURET (1995) y *Le livre noir du communisme*, dirigido por Stéphane COURTOIS (1997).⁴ Mas recientemente, después del atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, el totalitarismo reaparece como una nueva amenaza para Occidente, encarnada esta vez por el islamismo político. La guerra entre el «mundo libre» y el totalitarismo toma la forma del «clash de civilizaciones» analizado por Samuel Huntington.⁵

Este uso conformista y desenvuelto del concepto de totalitarismo ha sido también una consecuencia de su historia. Pocos vocablos de la cultura política moderna son tan maleables, polimorfos, elásticos y en el fondo ambiguos. «Totalitarismo» es una palabra que

3. Ésta es la visión de la historia del comunismo desarrollada por S. COURTOIS, coordinador del Libro negro del comunismo, Mondadori, Milano, 1997. Para una problematización del sujeto, cfr. M. FLORES, *In terra non c'è il paradiso*, Baldini & Castoldi, Milano, 1998, y B. GROppo (ed.), *Le siècle des communismes*, Editions de l'Atelier, Paris, 2000.

4. Cfr. F. FURET, *Il passato di un'illusione*, Mondadori, Milano, 1995; S. COURTOIS, cit. He tratado este tema en E. TRAVERSO, «De l'anticommunisme. L'histoire du xx^e siècle relue par Nolte, Furet et Courtois», *L'Homme et la Société*, 2001/2-3, n.º 140-141, pp. 169-194.

5. S. HUNTINGTON, *Le choc des civilisations*, Odile Jacob, Paris, 1994.

pertenece a todas las corrientes del pensamiento político contemporáneo, del fascismo al antifascismo, del marxismo al liberalismo, del anarquismo al pensamiento conservador. Nacido en la década de los veinte como adjetivo —«totalitario»—, forjado por los antifascistas italianos (Giovanni Amendola, Lelio Basso, Luigi Sturzo) en el intento de aprehender la novedad de la dictadura de Mussolini, el término fue más tarde sustantivado por el fascismo. En 1932, en un ensayo muy célebre de la Enciclopedia italiana, Mussolini y Gentile reivindicaban abiertamente la naturaleza «totalitaria» del régimen fascista. La caracterización del fascismo como «totalitarismo» devendrá posteriormente un lugar común de la propaganda del régimen. Al nazismo, por su lado, no le gustaba este concepto (a diferencia de los intelectuales vinculados a la «revolución conservadora» como Ernst Jünger y Carl Schmitt que, durante la República de Weimar, prefiguraban el advenimiento de un «Estado total» bajo el modelo italiano). A la definición del nazismo como Estado «totalitario», Hitler y Goebbels preferían la de Estado «racial» (*völkische Staat*), pero las divergencias ideológicas entre los dos regímenes disminuyeron notablemente a partir de 1938, gracias a la promulgación de las leyes raciales y antisemitas en Italia. Durante los años treinta, el concepto de totalitarismo se difunde ampliamente en el seno de la cultura política del exilio antifascista, italiano o alemán, y comienza a ser usado para denunciar los rasgos comunes (autoritarios, antiliberales y antidemocráticos) del fascismo europeo y del comunismo ruso. Esta es la orientación de los intelectuales católicos como Luigi Sturzo y Jacques Maritain, protestantes como Paul Tillich, liberales como Raymond Aron y Elie Halévy, pero también marxistas como Daniel Guérin, Víctor Serge y Leon Trotsky. En 1939, el pacto germano-soviético parece legitimar plenamente el uso de este neologismo, que hacía en ese momento su ingreso en la ciencia política del mundo anglosajón.⁶

De manera general, la historia de la idea de totalitarismo puede ser dividida en dos grandes fases: la primera va de los años veinte a fines de la Segunda Guerra Mundial; la segunda corresponde a la guerra fría, de 1947 a la caída de la URSS. Durante la primera fase, si prescindimos de su interpretación fascista, este término desempeña esencialmente un papel crítico frente a los sistemas políticos dominantes en Italia, Alemania y la Unión soviética. En la segunda fase, que se inicia con la guerra fría, esta noción cumple, sobre todo, una función apologética del orden occidental. En otros términos, «totalitarismo» se convierte en sinónimo de comunismo y es usado como slogan en defensa del «mundo libre». En nombre de la lucha contra el totalitarismo, en la cual Alemania Federal ocupa ahora una posición de vanguardia, se pone un velo de olvido y se

6. Cfr. Proceedings of American Philosophical Society, 1940, vol. LXXXII.

guarda silencio sobre los crímenes nazis. Comienza un largo proceso de represión de la memoria de Auschwitz. La visión monolítica del totalitarismo como sistema de opresión transforma de repente toda la población alemana en una masa de víctimas, evacuando el problema de su actitud frente al régimen nazi y a sus crímenes (una actitud variable entre la complicidad y la participación de varias de sus capas, hasta la oposición de una pequeña minoría, pasando por la aceptación pasiva de la gran mayoría). El concepto de totalitarismo cierra demasiado rápido el debate sobre la «culpabilidad alemana» (*deutsche Schuldfrage*) abierto por Karl Jaspers en 1945. Estas consideraciones valen también para fuera de Alemania. En nombre de la lucha contra el totalitarismo, en aquella época, la política exterior de los Estados Unidos es legitimada en Asia (la guerra de Corea, el apoyo a la represión anticomunista en Indonesia, y luego la guerra de Vietnam) y en América Latina (con la preparación de golpes o el apoyo abierto a las dictaduras militares, autoritarias pero «antitotalitarias», es decir anticomunistas).⁷ Durante aquellos años, sólo unos pocos «heréticos», en el seno de la cultura política de izquierda, se obstinaron en utilizar una noción crítica de totalitarismo (Herbert Marcuse en los Estados Unidos, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis en Francia). «Totalitarismo» es, sobre todo, un término anglosajón poco usado en Europa, a excepción de Alemania, un país que ocupa una posición geopolítica crucial durante la guerra fría. En otros países como Italia y Francia, en los cuales los partidos comunistas han desempeñado un papel importante en la Resistencia, este concepto es de hecho censurado. Durante la revuelta juvenil y estudiantil de los años sesenta, el mismo fenómeno se produce también en Alemania y en los Estados Unidos, donde el término, que aparece demasiado contaminado por la propaganda de la guerra fría, será abandonado por las ciencias sociales que toman nuevas orientaciones. (Escuchando a Marcuse utilizar ese término durante una conferencia en la Universidad Libre de Berlín, Rudi Dutschke le reprochará escandalizado que estaba adoptando el lenguaje del «enemigo».)⁸

Estas son las grandes etapas del debate. Pero ¿cuáles han sido sus contenidos? En el centro de la controversia queda una pregunta de fondo respecto a la pertinencia del concepto mismo de totalitarismo. En el ámbito de la teoría y de la ciencia políticas, preocupadas de definir las formas del poder y de elaborar una tipología de los regímenes políticos, pocos analistas osarían contestar la emergencia, en el curso del siglo XX, de nuevos sistemas de dominación que no entran en las categorías tradicionales —dictadura, tiranía, despotismo— elaboradas a partir del pensamiento clásico de Aristóteles a Weber. A estos regímenes no se adapta la definición de

7. Cfr. H. J. SPIRO, B. R. BARBER, «Counter-Ideological Uses of "Totalitarianism"», *Politics and Society*, 1971, n.º 3.

8. W. D. JONES, *The Lost Debate. German Socialists Intellectuals and Totalitarianism*, Illinois University Press, Chicago, 1999, pp. 192-197.

«despotismo» —un poder absoluto y arbitrario, sin ley, fundado sobre el miedo— que propuso Montesquieu (*L'esprit des lois*, II, IX-X). El siglo xx ha visto el nacimiento de regímenes políticos basados, según la definición de Hannah Arendt, sobre una fusión inédita de ideología y terror, los cuales aspiran a remodelar globalmente la sociedad a través de la violencia.⁹

Inversamente, en el ámbito de la historiografía y de la sociología política, la idea del totalitarismo está lejos de tener una aprobación unánime. Parece limitada, angosta, ambigua, por no decir inútil para quien busca aprehender, más allá de las afinidades superficiales entre los sistemas políticos totalitarios, su naturaleza social, su origen, su génesis, su dinámica global y sus resultados últimos. Las principales teorías del totalitarismo —en particular aquella sistematizada durante la década de los cincuenta por Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski— subrayan una serie de analogías incontestables entre nazismo, fascismo y comunismo entendidos como sistemas de poder: a) la supresión de la democracia representativa y del Estado de derecho, a través de la eliminación de las libertades individuales y la superación de la división de poderes, el establecimiento de la censura y la introducción de un monopolio estatal de los medios de comunicación (con el objetivo de difundir una ideología de Estado); b) un partido único dirigido por un jefe carismático; c) un fuerte intervencionismo estatal, que tiende a traducirse en una planificación autoritaria y centralizada de la economía; d) el monopolio estatal y la difusión endémica de la violencia como forma de gobierno, hasta la creación de un sistema concentracionario. Los totalitarismos se dirigen no solamente a excluir, sino a eliminar los adversarios políticos y los grupos o individuos considerados como cuerpos extraños a la comunidad (política, nacional, racial, etc.).¹⁰ A pesar de que todas estas características sean fáciles de encontrar tanto en el fascismo como en el comunismo soviético, el régimen que nace de la suma de todos esos elementos resulta un tanto estático, formal y superficial. En su forma ideal-típica se reduce a un modelo abstracto. Sus ambiciones de control total sobre la sociedad y sobre los individuos corresponden más a la fantasía literaria de George Orwell que al funcionamiento real de los sistemas fascistas o comunistas, como lo han evidenciado muchas investigaciones de historia social.¹¹

Una mirada sobre el origen, la evolución y el contenido social de estos regímenes revela diferencias muy profundas. En primer lugar, su duración: por un lado, un régimen, el nazi, que ha tenido una existencia de sólo doce años, de 1933 a 1945, conociendo una radicalización acumulativa hasta su caída casi apocalíptica durante una guerra que él había buscado y provocado, y por el otro, la

9. H. ARENDT, *Le origini del totalitarismo*, Edizioni di Comunità, Milano, 1967.

10. C. J. FRIEDRICH, Z. BRZEZINSKI, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Harvard University Press, Cambridge, 1956.

11. D. PEUKERT, *Storia sociale del Terzo Reich*, Sansoni, Firenze, 1989, y Sh. FITZPATRICK, *Everyday Stalinism*, Oxford University Press, New York, 2000.

Unión Soviética, un régimen que ha durado más de setenta años, que nació de una revolución y que se perpetuó, después de la muerte de Stalin, durante una larga etapa posttotalitaria. Un régimen, pudiéramos agregar, que se acabó no por causa de un fracaso durante una guerra contra un enemigo exterior, sino por causa de una crisis interna, provocada por sus propias contradicciones. Luego su ideología: de una parte, una visión del mundo racista, fundada sobre una síntesis híbrida de contra-ilustración (*Gegenaufklärung*) y de culto a la técnica moderna, de mitología alemana y de nacionalismo biologizado; de otra, una versión escolástica, dogmática y «clerical» del marxismo, proclamado y reivindicado como heredero de la «Ilustración». Y, además, su formación: por una parte, un régimen que se construye, a partir de 1933, después de una alternancia política ciertamente no fácil, pero legal y, por otra, un régimen que nace en 1917 de una revolución política. Finalmente, su contenido social: de un lado, un régimen que incorpora las viejas élites dominantes, ya sean económicas (la gran industria, la finanza, la gran propiedad latifundistas, militares o administrativas), y, de otro, un régimen surgido de una revolución que ha expropiado completamente las viejas clases dominantes y que ha transformado radicalmente las bases socioeconómicas del país, estatizando y planificando la economía y creando una nueva clase dirigente.

Nazismo y stalinismo difieren también por el tipo de violencia que producen. La violencia del comunismo soviético es esencialmente interna a la sociedad que ella intenta someter, normalizar, disciplinar, pero también modernizar y transformar a través de medios autoritarios, coercitivos y criminales. Las víctimas del stalinismo son casi todos ciudadanos soviéticos, y en su gran mayoría rusos. Esta constatación es válida tanto para las víctimas de los procesos políticos del bienio 1936-1938 (militantes y funcionarios del partido y del Estado, oficiales y jefes militares) como para las víctimas sociales (los kulaks deportados durante la colectivización forzada del campo, los elementos juzgados como asociales, etc.). Los grupos nacionales golpeados por la represión (aquellos que han sido llamados «pueblos castigados», acusados de colaborar con el enemigo durante la guerra) suelen ser minoría si se considera la represión en su conjunto. La violencia del nazismo, por el contrario, es esencialmente dirigida hacia el exterior. Después de una primera fase de «normalización» represiva de la sociedad alemana (*Gleichschaltung*), rápida pero intensa, la violencia nazi se desencadena en el curso de la guerra, a partir de 1939, como una ola de terror ni ciega ni indiscriminada, sino rigurosamente codificada y racionalizada. Prácticamente inexistente dentro de una comunidad nacional racialmente delimitada y sumisa, esta violencia se vuelve extrema para las

categorías humanas y sociales excluidas del Volk alemán (judíos, gitanos, discapacitados, homosexuales), para extenderse en seguida a los pueblos eslavos, a los prisioneros de guerra y a los deportados antifascistas (cuyo tratamiento responde a una jerarquía precisa).

Raymond Aron ha analizado de una manera muy clara la diferencia existente entre comunismo y nazismo, subrayando los objetivos últimos de cada uno de estos sistemas: en cuanto al primero, el campo de trabajo, o sea la violencia ligada a un proyecto de transformación coercitiva y autoritaria de la sociedad; en cuanto al segundo, la cámara de gas, es decir el exterminio como finalidad en sí misma, inscrita en una búsqueda de purificación racial.¹² A estos objetivos distintos corresponden dos tipos diferentes de racionalidad.¹³ El proyecto social del comunismo no estaba privado de su propia racionalidad, ya que su objetivo central era la modernización de la economía y de la sociedad soviética, perseguida a través de una intensa industrialización y colectivización de la agricultura. Sin embargo, los medios usados para lograr este proyecto no sólo eran autoritarios e inhumanos sino también profundamente irracionales: el trabajo forzado, prácticamente esclavista; «la explotación militarfeudal» de los campesinos (según la definición de Boukharin);¹⁴ la eliminación de una parte importante de las élites administrativa y militar, y, finalmente, la deportación en masa de grupos y pueblos. Los resultados fueron, en gran medida, catastróficos (derrumbamiento de la producción agrícola, hambruna, declinación demográfica), llegando a veces a comprometer el objetivo mismo de la modernización. En el nazismo, por el contrario, la contradicción era flagrante entre la racionalidad de los medios utilizados y la profunda irracionalidad del objetivo buscado: la dominación de la «raza aria», el remodelaje de Europa sobre la base de una jerarquía de tipo racial. Los campos de exterminio nazis son una ilustración de esta contradicción. Los medios de la producción industrial, las reglas de la administración burocrática, los principios de la división del trabajo, los resultados de la ciencia (Zyklon B) eran utilizados con el objetivo de eliminar un pueblo considerado como incompatible con el orden «ario» e indigno de vivir sobre este planeta. Durante la guerra, la política nazi de exterminio de los judíos (y en menor medida de los gitanos) se reveló irracional incluso en el plano económico y militar, ya que fue realizada movilizandolos recursos humanos y medios materiales sustraídos de hecho a la guerra y destruyendo una parte de la fuerza de trabajo presente en los campos. En la URSS, los deportados (zek) eran «usados», «consumidos» por millones para cortar bosques, extraer minerales, construir ferrocarriles y líneas eléctricas, en ciertas ocasiones para crear verdaderos centros urbanos. Las víctimas del estalinismo eran la consecuencia

12. R. ARON, *Teoria dei regimi politici*, Edizioni di Comunità, Milano, 1973.

13. I. KERSHAW, «Totalitarianism Revisited: Nazism and Stalinism in a Comparative Perspective», *Tel Aviver Jahrbuch für Deutsche Geschichte*, 1994, n.º 23.

14. N. WERTH en el *Libro negro del comunismo*, cit.

de procedimientos «bárbaros» y coercitivos —muchas veces formas de «exterminio a través del trabajo»— que habían sido adoptados para modernizar (construyendo un socialismo de cuartel) e introducir la civilización industrial en un país retrasado. En la Alemania nazi, por el contrario, los métodos más avanzados de la ciencia, de la técnica y de la industria eran usados para destruir vidas humanas. La dialéctica del proceso es clara: por un lado, se mata para desarrollar la civilización (en un sentido puramente material); por el otro, se utiliza la civilización para matar.

Esta diferencia entre el stalinismo y el nazismo es encarnada, tal como lo ha puesto en evidencia Sonia Combe, por dos figuras emblemáticas: Serguei Evstigneu, el jefe de Ozerlag, un gulag siberiano en las orillas del lago Baikal, y Rudolf Hess, el más conocido comandante de Auschwitz, del cual se pueden leer sus memorias (escritas antes de su ejecución).¹⁵ Entrevistado por Sonia Combe al principio de los noventa, Evstigneu se declaraba orgulloso de su obra. Su misión consistía en la «reeducación» de los detenidos y, ante todo, en la construcción de una vía férrea, la «huella». Para lograr este objetivo, él disponía libremente de la fuerza de trabajo de los detenidos, economizándolos o «consumiéndolos» de acuerdo a sus exigencias. Varios miles de zek murieron en Ozerlag, trabajando en condiciones terribles en la realización de esta empresa. La muerte era la consecuencia del clima y del trabajo forzado. En otros términos, la muerte era considerada como un rasgo «normal» del funcionamiento de este campo de concentración, cuyo objetivo era la modernización de Siberia y cuyo «rendimiento» se medía en kilómetros de rieles. Hess, por el contrario, era el comandante de Auschwitz-Birkenau, es decir un campo de exterminio industrial. Ahí fueron eliminados en las cámaras de gas y luego incinerados en los hornos crematorios más de un millón de judíos deportados de diferentes países de Europa. El criterio fundamental para calcular el «rendimiento» de ese campo era el número de muertos. En Auschwitz el exterminio no era un subproducto sino una finalidad inmediata del dispositivo totalitario. En conclusión, los dos sistemas —los campos de exterminio nazi y los gulag stalinistas— eran incontestablemente inhumanos, criminales y totalitarios, y ambos deben ser igualmente condenados. Sería absurdo e indecente, desde un punto de vista ético, establecer una distinción entre sus víctimas. Dicho eso, es necesario subrayar que la lógica de esos sistemas era profundamente diferente. Desde un punto de vista epistemológico, esta diferencia no es marginal. Y es precisamente esta diferencia la que el concepto de totalitarismo ignora y oculta, limitándose a tomar en consideración las analogías superficiales entre los dos sistemas. Esto explica la gran desconfianza de la historia social frente a este

15. S. COMBE, «Evstigneu, roi d'Ozerlag», nel vol. *collettivo Ozerlag 1937-1964*, Editions Autrement, Paris, 1991, pp. 214-227.

concepto (tanto de los historiadores del nazismo como Martin Broszat, Hans Mommsen, Detlev Peukert, Ulrich Herbert, como de los historiadores del comunismo como Moshe Lewin, Arch Getty, Sheila Fitzpatrick, Nicolas Werth y muchos otros). Todos los analistas que han tratado de comprender el funcionamiento de una sociedad más allá de la fachada de su régimen, de su apariencia exterior, han tenido que abandonar la categoría analítica del totalitarismo.

Sin duda, la teoría del totalitarismo ha estimulado, en el seno de la historiografía del siglo xx, la comparación entre regímenes y formas de violencia. La comparación puede ser fecunda a condición de que no sea usada como llave de lectura exclusiva de un acontecimiento o de una época. Es verdad que la tendencia dominante entre los teóricos del totalitarismo a interpretar nazismo y comunismo como dos fenómenos paralelos e indisociables, permite comprender un aspecto importante del proceso histórico —la pertenencia de esos regímenes a un mismo contexto europeo, su interacción y la relación «simbiótica» que une revolución y contrarrevolución—¹⁶ pero, al mismo tiempo, olvida los otros aspectos del cuadro global. Para Ernst Nolte, el nazismo se explica sobre todo como fenómeno «reactivo» frente al bolchevismo (y sus crímenes no serían más que una «copia» de aquellos perpetrados por los bolcheviques en el curso de los años veinte).¹⁷ Para François Furet, esos dos regímenes fueron esencialmente reacciones paralelas contra el Occidente liberal, opuestos aunque profundamente interdependientes.

El concepto de totalitarismo favorece una interpretación del nazismo y del estalinismo que los aplanan sincrónicamente, impidiendo comprender tanto sus raíces profundas en la historia rusa, alemana y europea, como su génesis y desarrollo desde la perspectiva de la larga duración. Este acercamiento sincrónico ha tenido como consecuencia una reducción en el horizonte epistemológico de la investigación. La violencia comunista ha sido de esta manera reconducida a su matriz ideológica, el leninismo, evacuando completamente el problema de sus raíces en el seno de la sociedad rusa. En realidad, tal como lo han evidenciado diferentes investigadores, la violencia del stalinismo era, ante todo, la consecuencia de un proyecto de modernización autoritaria y brutal que se inscribía en la continuidad de la historia rusa. El cineasta Serguej Eisenstein había intuido eso cuando, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, hizo una película sobre Iván el Terrible en la cual dejaba entrever, detrás del retrato del déspota zarista, el perfil del dictador comunista. En la década de los cincuenta, el historiador Isaac Deutscher presentaba a su vez a Stalin como una síntesis de comunismo militar y de absolutismo zarista. Más recientemente, Peter Holquist ha subrayado que la deportación de los kulaks, durante la colectiviza-

16. Cf. A. J. MAYER, *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton University Press, 2000.

17. E. NOLTE, *La guerra civile europea 1917-1945. Nazionalsocialismo e bolscevismo*, Sansoni, Firenze, 1989.

ción forzada del campo en 1930, tenía un antecedente histórico en la transferencia forzada de cerca de 700.000 campesinos en la segunda mitad del siglo XIX, puesta en marcha por el régimen zarista para facilitar la rusificación del Cáucaso en la época de la reforma de Alejandro II.¹⁸

Las mismas consideraciones valen también para la Alemania hitleriana. Reducir el nazismo a una reacción —a una forma de violencia preventiva y defensiva— frente al bolchevismo ruso, significa olvidar sus premisas históricas, ya sean materiales o culturales, en el imperialismo y el racismo europeos del siglo XIX.¹⁹ El antisemitismo alemán nació mucho antes que la revolución rusa de 1917; el concepto de Lebensraum (espacio vital) había sido teorizado por el pangermanismo desde fines del siglo XIX y era simplemente la variante alemana de una idea imperialista difundida en toda Europa. En otros términos, el concepto de Lebensraum era hijo de la visión occidental del mundo extraeuropeo como un inmenso espacio colonizable. La idea de la «extinción» y de la exterminación de «razas inferiores» atraviesa toda la cultura europea del siglo XIX, particularmente la francesa y la británica. Nacida del fracaso de 1918, del derrumbamiento del imperio de Guillermo II y del «castigo» del Tratado de Versalles, el nazismo había dirigido sus aspiraciones coloniales hacia el Este europeo, en el mundo eslavo. Sin embargo la India colonial británica seguía siendo un modelo a los ojos de Hitler y la guerra contra la URSS fue concebida y puesta en acto como una guerra colonial de conquista y de exterminio. En lugar de buscar en el gulag, como lo hace Nolte, el «antecedente lógico y factual» del genocidio de los judíos, sería suficiente leer la historia colonial alemana, actualmente olvidada, para darse cuenta de que el genocidio de los hebreos, puesto en acto en 1904 por las tropas alemanas en África del Sudoeste (la Namibia actual), fue una operación de exterminio planificada que prefiguraba bajo muchos aspectos la «Solución final» de 1941-1945.

Además, es importante agregar que la focalización «totalitaria» sobre la relación entre nazismo y comunismo ha puesto entre paréntesis otro nudo historiográfico fundamental: el de la relación entre el fascismo italiano y el nazismo alemán. En las versiones más radicales, por ejemplo aquella defendida por el historiador alemán Karl-Dietrich Bracher, la interpretación del totalitarismo no admite la pertenencia de la Alemania hitleriana a una familia política, la del fascismo, de origen italiano y de dimensiones europeas.²⁰ Una tesis análoga, que pretende distinguir entre un totalitarismo «de derecha» (alemán) y uno «de izquierda» (italiano), negando su parentesco y su raíz común fascista, ha sido propuesta en Italia por

18. Cfr. P. HOLQUIST, «La question de la violence», in *Le siècle des communismes*, cit., pp. 123-143.

19. E. TRAVERSO, *La violencia nazi. Una genealogía*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

20. K. D. BRACHER, *La dittatura tedesca*, Il Mulino, Bologna, 1970.

Renzo de Felice.²¹ Desde mi punto de vista, eso también es un abuso del concepto de totalitarismo.

Me gustaría terminar acercando una última cuestión más filosófica y sociológica que historiográfica: la relación del totalitarismo con la civilización occidental. Auschwitz aparece, por múltiples razones, como un laboratorio privilegiado para estudiar la violencia de la modernidad. Su organización industrial de la muerte fusionó el antisemitismo y el racismo con la prisión, la industria y la administración burocrático-racional. En ese sentido, el genocidio de los judíos constituye un paradigma de la modernidad, más que la negación de ésta. Numerosos rasgos del proceso de civilización, de acuerdo a la definición que han dado de ello Emil Durkheim, Max Weber, Sigmund Freud y Norbert Elias, constituyen las premisas históricas de los genocidios nazis.²² En efecto, la «Solución final» implicaba el monopolio central de la violencia (un crimen de Estado), la racionalidad productiva y administrativa (el sistema de campos), el autocontrol de las pulsiones (una violencia «fría», planificada) y la desresponsabilización ética de los agentes sociales («la banalidad del mal»). La Shoah revela de este modo una dialéctica negativa: la transformación del progreso técnico y material en regresión humana y social. Siendo ésa una característica del totalitarismo moderno, éste último no debe ser visto como la negación de la civilización occidental, sino como una de sus manifestaciones patológicas, como el desvelamiento de su lado oscuro e inhumano.

Estas reflexiones críticas no tienen por objetivo rechazar el concepto de totalitarismo. Tratan más bien de poner en guardia contra los malentendidos que esta noción ha suscitado frecuentemente y los abusos que han marcado su historia. No se trata para nada de un concepto inútil, pero su pertinencia es limitada y su uso requiere ciertas precauciones. Ya he subrayado el carácter imprescindible de esta noción para la teoría y la ciencia políticas. Creo que no podemos olvidarla, incluso desde el punto de vista del uso público de la historia. El concepto de totalitarismo es necesario para conservar la memoria de un siglo que ha conocido Auschwitz y la Kolyma, los campos de exterminio nazis y los gulags de Stalin. El siglo XX ha contemplado la experiencia de un naufragio de lo político, si se entiende por político un espacio abierto al conflicto, al pluralismo de ideas y a la acción ciudadana, a la alteridad y a la división del cuerpo social, en otros términos a eso que Hannah Arendt definía como el «infra», la vida en común de los seres humanos.²³ El totalitarismo ha buscado eliminar este espacio reduciendo la humanidad a una comunidad orgánica, monolítica, cerrada; el totalitarismo ha absorbido a la sociedad civil en el Estado, suprimiéndola y

21. DE FELICE a Mussolini il Duce. *Lo Stato totalitario (1936-1940)*, Einaudi, Torino, 1980.

22. Cfr. Z. BAUMAN, *Modernità e Olocausto*, Il Mulino, Bologna, 1993.

23. H. ARENDT, *Was ist Politik?*, Piper, München, 1995.

sofocándola (se trata en este sentido de la antítesis del comunismo concebido por Marx como la «extinción del Estado» en el seno de una comunidad humana emancipada). El concepto de totalitarismo inscribe esta experiencia del siglo xx en nuestra conciencia histórica y en nuestra memoria colectiva. Y por esta razón no podemos rechazarlo.